

dores y malandrines; quedaba instituída la nacionalización de los bienes, dado que las avariciosas manos extranjeras apoderábanse del suelo, del modo más desvergonzado e inicuo.

Clerecía y latifundismo—allí dos implacables rémoras de la paz y la prosperidad económica, del progreso nacionalista — parecieron vencidos, aplastados en sus voraces fauces megatéricas; y ya como vislumbrábanse perspectivas lúcidas de bienestar, de prácticas modernas, ideales de democracia, instauración de un régimen en consonancia con las necesidades individuales y colectivas, cuando el lobo asomó la oreja, glosando título que don Sebastián Lerdo de Tejada—prócer figura de América—puso en sus "Memorias" famosas, al apuntar la presencia en el escenario de la patria de don Porfirio Díaz, general oaxaqueño, de los vencedores de Maximiliano.

Al preparar la basta urdimbre de mi conferencia, no resistí a la ganas de escoger,—para darla algún brillo,—tal capítulo, tercero de los doce que componen el insigne opúsculo:

"Duros, muy duros, fueron los primeros años de la restauración constitucional para los liberales: estábamos en presencia de un triunfo que semejava una derrota. Si el gabinete del señor Juárez no obraba con energía, las tumbas abiertas en Querétaro podrían ser también nuestras tumbas. Pero no energía en sentido represivo, sino expansivo. Aplicando las diversas energías intelectuales a los ramos esencial-

mente materiales. Es más fácil remover un escombros que levantar un muro, y la República tenía como base escombros humeantes. No se buscaba la solución de un problema, sino la de muchos problemas que se encadenaban entre sí como los anillos de una serpiente. En Guerra, por ejemplo, no bastaba aumentar el guarismo aritmético de ingresos, disminuyendo el contingente de sangre; se requería también cimentar el equilibrio de la fuerza bruta con el impulso moral del Gobierno—según la gráfica expresión de Herbert Spencer—o más claramente, ¿las porciones de tropa en receso no se resolverían en rebelión armada contra el Gobierno? Porque en México el elemento pretoriano había adquirido tal y tan grande intensidad, que constituía por sí solo una amenaza para las instituciones. Quebrantar su insolente poderío era y fué la preocupación constante de los señores Juárez, Iglesias y del que esto escribe. Allí estaba el talón del invulnerable Aquiles; herirle era matar el principio revolucionario, eternamente modificándose y viviendo en el seno desgarrado de la patria.

"Luego, la Hacienda Pública, con su impecable y descarnada miseria, exangüe la Nación, extintas todas las fuentes de riqueza;—en Gobernación y en Justicia, invertidas las leyes del castigo y desconocido el principio de autoridad. Parálisis económica, pobreza agrícola e indigencia mercantil—hé ahí el cuadro que ofrecía México en 1867 y 1868. Se acordó

en junta de Generales disminuir el ejército: quien más vivamente apoyó esta medida, fué el señor Díaz, ofreciendo dirigirse en lo personal a sus compañeros de armas para que cooperasen por su parte al acuerdo ministerial. Yo, que asistía al debate medio oculto en la penumbra proyectada por un cortinaje—celebróse al caer de la tarde—y observando las fisonomías de aquellos héroes bronceados por el Sol de Mayo, no dejé de inquietarme al sorprender en Don Porfirio, una de esas miradas que los franceses llaman "louche" y que puede traducirse simplemente por siniestra o torva. ¿Era acaso un fenómeno de óptica en complicidad con la vacilante luz del crepúsculo?...

"En un momento oportuno y al día siguiente, hablé al señor Juárez, respecto a la sinceridad del señor Díaz, cuya ardiente vehemencia me inspiraba temores.

"—¿Cree que llegue hasta allá su... inconveniencia?

"—Hombre: llorando, llorando, sería capaz de fusilarnos a usted y a mí... si nos descuidamos.

"Mis previsiones, desgraciadamente, se confirmaron: el Sr. Díaz, siguiendo la rectitud de sus instintos, había hablado con los jefes y oficiales de la guarnición manifestándoles lo patriótico del acuerdo, exhortándolos a que lo acataran; la audiencia había sido pública y todos aplaudían al soldado que como Washington,

"había sido el primero en la guerra y el primero en la paz". La noche de ese día el señor Díaz catequizaba a la sordina y aisladamente a los mismos jefes para que resistieran "con las armas" a la orden del licenciamiento. Posteriormente, tuvimos más amplios y divertidos pormenores de esa prodigiosa dualidad de proceder: el futuro pacificador había dicho a sus compañeros de armas entre elocuentes sollozos: "¡Cómo! os marcháis a vuestras casas desnudos y sin pan, en tanto que Juárez, Lerdo, Iglesias y otros tinterillos se aprovechan de vuestro triunfo?" Esas pérfidas insinuaciones tenían el mérito de la duplicidad utilitaria; por un lado se captaba las simpatías en el ejército; y por el otro aparecía como un general sumiso y respetuoso al gobierno constituido. Lástima que en política esa clase de mefistofélicos recursos, gastados en fuerza de su explotación, sean además peligrosos: el señor Juárez, cuando los conoció en todos sus repugnantes detalles, estuvo a punto de hacer una de don Pedro el Cruel. Nunca lo había visto tan airado como entonces, su cara de esfinge se alteró visiblemente, y fueron necesarias algunas horas de deliberación para calmar su legítima indignación. Lo que más le había impulsado a ahogar el asunto era el temor de un escándalo que refluiría en perjuicio de la República: inmoló la idea en el altar del hombre...

"Todavía, después de su incomprensible jugada, el Sr. Díaz celebró con don Benito una

entrevista para explicar su conducta: al verlo llorar y disculparse con indigno servilismo, recordé la amarga y enérgica expresión de Tácito: "Omnia serviliter prolominaciones"...

Gentes inconformes con el ageno mérito, propanan que dichas "Memorias" no pertenecen a don Sebastián, y sí a la pluma de un hábil periodista: Carrillo. Ignoro cuánto tenga de fundada la suspicacia de los condenadores; pero sea como sea, buscad esa maravilla de producción donde lo filosófico y lo efectivo se maridan con la gracia retozona y jugosa del más limpio humorismo. Encontraréis en ella admirabilísimas lecciones de ataques impiedosos, crudezas amargas, denuncias punzadoras, hondos desgarramientos de falsas honorabilidades, diluídos en una prosa suave, vívida, cariciosa, que parece ofrecer perdón cuando más condena, y que empala y raja en los instantes mismos de insinuar la benevolencia. Todo blandamente y furiosamente—valga lo antitético de los términos,—para viviseccionar al héroe de Oaxaca, Reformador de Tuxtepec.

Seguidme:

Un libelista ido a México desde su patria: Italia.—Carlos de Roraro, publicó en 1909 los comentarios más enérgicos que contra don Porfirio pudieron soñar sus panegirizadores, sin olvidarnos del gran "posseur" y domador de leones, Teodoro Roosevelt; no mentando también al Conde ruso de Ana Karenine, por ser harto gruesa la historieta del elogio tolstoiano al ti-

ranuelo. De ese anárquico panfleto no extrastraré otra cosa que la división, en cuatro períodos, de la existencia del ex-presidente. Período desde su nacimiento a los veinte y cuatro años; período de su rebeldía contra el poder de Santa Ana, y el Imperio maximiliánico; período del 67 al 76, culminante en su logro del más conspicuo cargo de la República; período hasta 1909. (En 1910 desbordóse y triunfó el maderismo).

¿Hazañas del inmenso Hombre de Estado, en las etapas dichas?... Pendencias, románticas aventuras, amagos de patriotería, frente al grupo invasor, por Texas; después, la rebelión en armas, durante una veintena, ahora contra Santa Ana, ahora contra el omnímodo poder de la Iglesia, o el igualmente soberano despotismo de los jefes políticos, ahora contra las tropas de Francia; después, conspiraciones, sediciones, revoluciones, pugna estéril del sufragio por derrotar a Juárez y a Lerdo; al fin, el Mando, con el risible plan de Noria, uno de cuyos capítulos mantenía el principio no reeleccionista—reeligiéndose, sin embargo, indefinidamente, pues "se lo exigían los amigos, a nombre del país". (Por nuestro horizonte político vislúbranse, entre grises nubarrones conservadores, parecidos celajes...).

—Pero, ¿y la grandeza material del territorio mexicano en el treintañosco Gobierno?, inquirirá alguien jactanciosamente.

No puede negarse; mas, fué ella grandeza

con mucho de ilusoria, grandeza de capitales extranjeros que gravaban a la República para producirse como fabuloso milagro bíblico. Por cada un millón inglés, o francés, o americano, importado, bien trazando ferrocarriles... británicos, bien implantando industrias... gringas, o bien fabricando palacios... extra-nacionales, salían de las costas hospitalarias, mares afuera, veinte o treinta millones en blancas fibras de henequén, barras áureas y argentíferas de oro y plata, pacas espumosas de algodón, botes incontables de petróleo, sacos ubérrimos de cereales...

Revertióse así la nación a colonia; una colonia sui géneris, en la cual Díaz figuraba como Virrey, representante máximo de los dineros del triple Centro Supervisor — financieramente hablando.

—¡Hubo tres décadas de paz!

Certísimo; pero una paz mecánica, impuesta por el terror; con la prensa amordazada; el pensamiento subvertido; los símbolos de la Justicia prestos a las más groseras concupiscencias, en términos que la exclamación del molinero de Sans-Souci a Federico el Grande fuera vana; el militarismo enhiesto, avizorando el "mátalos en caliente" o la "Ley de Fuga"; la idea de ciudadanía profanada, juguete irrisorio de autoridades venales, jueces prevaricadores, truhanesca guardia de pública seguridad.

Fernando Iglesias, en cívico elogio a Aquiles Serdán, víctima propiciatoria del maderismo,

proclamó contundentemente, examinando la situación porfirista:

"Y cuando un gobierno no respeta los derechos de los gobernados, entonces habrá sosiego, el sosiego de la indolencia, habrá calma, la calma de la resignación, habrá quietud, la quietud de la servidumbre, pero no habrá paz, porque bajo esa quietud, bajo esa calma y bajo ese sosiego, se ocultarán el descontento, la malquerencia y la indignación, para mantener latente el espíritu revolucionario".

Y Bulnes alude así a las incertidumbres de los ciudadanos, por el singular sistema represivo en boga:

"Cuando de un poder depende escoger únicamente diez hombres inocentes cada año para matarlos, entre un millón de hombres; todo el millón vive aterrado aun cuando se demuestre al fin del año que cien mil individuos contra uno han gozado de sus derechos".

El propio Bulnes, luego, en lo afectante al peligro de descuidar el desarrollo interno, para dedicarse al externo, o de las apariencias, mejor, publica:

"Puede haber temporalmente secretos de Estado; es imposible que haya secretos nacionales. Y lo único que se consigue con el método de las presentaciones oficiales de un país a los extranjeros es perder el crédito como gobierno sin hacer subir el del país".

Concesiones colosales; expropiación forzosa de pequeños terratenientes para ganancia única

de los latifundistas, merced a una alquilona firma jurídica de despojo; fomento de la minería y de núcleos fabriles y manufactureros, protegiendo exclusivamente a empresarios ávidos; gravámenes, sin fundamento, a las clases ínfimas, irritando su miseria; aumento a \$300.000.000 de la deuda exterior; resurrección astuta del cle-ro, que desplegó tentacularismo teocrático; éso, cuanto más privaba en la era de gracia de don Porfirio.

Eso, y más; pues, en peculiarísima razón inversa, a aumento de espléndidas relaciones internacionales, fragor nacional; para subidos rendimientos de producción, mezquinos jornales al indio; por \$50.000.000 de oro \$90.000.000 de plata, \$30.000.000 de cobre, \$6.000.000 de plomo, y \$1.000.000 de zinc, en las estadísticas mineras, 38 centavos de precio a los peones, y entregándoseles en artículos de consumo: maíz, patatas, pulque. . .

Ved descriptas, paralelamente, las incógnitas revolucionarias, y la República porfirisca. No la inquina enraizada de castas, tal demostró el prestigioso licenciado Cabrera,—hoy Ministro de Hacienda constitucionalista,—en Universidad de New York; no el desbordamiento de insanos apetitos, militarescamente contenidos; no rivalidades de Estado del Norte, con Estados del Sur; nada de ello produjo la Revolución; la produjo ante todo, con todo, y por encima de todo, el crimen agrario; los adoloridos despiertan, se sacuden, reclaman—ocurió

lo propio, va ya para siglos, en las postrimerias republicanas de la cuna de los derechos: *Latifundia perdiere Roma, jam vero et provincias.*

Esos latines a punta de pluma; con la recordación de las pretéritas edades, condúcenme a una añoranza de potencia histórica, cuadro romano en el tercer período, al advocarse el Imperio:

País aparentemente en calma; satisfechos patriado y plebe, por la igualdad del *ius civitatis*; riqueza abundosa; señorío universal de la Villa Capitolina. ¿Qué faltaba? . . . Justicia. Abolida la Ley Licinia, que reservó yugadas de tierra para los insolventes; sin nivel económico; el derroche suntuoso de la nobleza, provocando la rabia de los esquilmados; abrióse el abismo, contienda de rico y pobre; partido oligárquico de Catón, y reformista de Cayo Lelio. El choque sería fatal, nadie adivinaba las inmensurables consecuencias; cuando—¡arcanos del destino!—aparecieron los Grecos, providenciales autores de las Leyes Sempronias, leyes agrarias. Los dos hermanos después perecieron. Les asesinó la turbamulta reaccionaria.

¿En la hermenéutica del Tiempo, no habrá ninguna conexión entre los hijos de la augusta matrona Cornelia y don Francisco I. Madero, también reformador, también agrario, y también caído al golpe de armas villanas? . . .

Locura o idiotez el disputarle a don Porfirio el trono. Cierta ocasión dejóselo a un buen señor: González, con el doloso cálculo de condu-

cirle al descrédito, por emisiones de moneda en nikel. Conseguido.

Asentábase, pues, el consorte de la hija de Romero Rubio,—herdista perdonado de su cautiverio, en New York, por esos enjuagues de vicaría—en el recio solio de damasco del Castillo de Chapultepec; palio grana protegiéndole la cuadrada testa; envuelto el cuerpo, todo, más lleno de cruces y condecoraciones, que de digna prestancia—en tiempo de las bárbaras naciones. . . , etc.—por la aureola de sus victorias, sin ocaso, en cuantos órdenes ofreciera el discutir terreno. Comía como Glotón, dormía como Lirón, hacía y deshacía como Calígula, manejó más dineros que el portentoso rey de los lidios—era beato, aunque vergonzante, confesándose y comulgándose, en capilla privada, una vez cada año, por Pascua Florida, o antes, si esperaba peligro de muerte. . . Las hadas madrinas discernieronle, sí, en la cuna los dones de una perenne dicha!! . . .

¡Quién iba a sospecharlo siquiera! . . .

No obstante, un caballero de allá, flemático o imbécil, Zúñiga de Miranda, ofreció su candidatura al pueblo, nunca mereciendo de sus conciudadanos ¡100! votos. Aquello cosquilleábale en el prieto pecho al Presidente. ¡Cuánto arraigo, reflexionaría, cuánta firmeza inmovible! Los científicos, por su parte, sintieronse perpetuados como guías de quince millones de súbditos. Ahora, la vejez del Idolo. . . Y diéronse, afanosos, a buscarle sustituto.

Albricias. Sin Diógenes, y, claro, sin linterna, descubrióse a uno: don Ramón Corral, el Vice. Sabido ello, la protesta, de latente, tornóse latiente, a través de 2.000.000 de kilómetros cuadrados, surgiendo las publicaciones de Madero y Moheno: "La sucesión presidencial" y "Hacia donde vamos". Ya Justo Sierra, preeminentísimo literato, secuaz, integrador del consejo gobiernista, con la Cartera de Instrucción, había usado el lapidante exergo: El pueblo padece hambre y sed de justicia. Y un historiador, también parte del régimen, reconoce que, por entonces, preñábase la atmósfera de foscas síntomas. . .

Madero, resuelto, aspiró. Dióse al recorrido de Estados de Norte a Sur, implantando Comités, consiguiendo prosélitos, de predicación en predicación, reeleccionista. El reyismo, fofo y desorientado, por los falaces viajes de salud de don Bernardo, coaligándose a los seguidores del nuevo hombre, hombre al parecer seguro de sí mismo, con el enardecimiento instintivo de quienes se juzgan escogidos por la Providencia para cumplir un fin, resolvió postularle. Ello obtuvo doble virtud: inspirar a Díaz felina sonrisa desdeñosa, con esta jarana de palabras: un segundo loco; y estremecer a las muchedumbres ignaras, poniéndolas en pie de alerta. Meses después, hecho el recuento electoral, hubo de recurrirse al fraude para la victoria. El sufragio, escarnecido a la faz de la República, reclamó atención en los conciliábulos

palatinos. Hubo junta de magnates, y profundas cavilaciones. Mas, no cabía el remedio....

Plan de San Luis de Potosí, declarando nulo el plesbicitio; y arenga revolucionaria, al cabo:

“Conciudadanos: Si os convoco para que toméis las armas y derroquéis al Gobierno del general Díaz, no es solamente por el atentado que cometió durante las últimas elecciones, sino por salvar a la patria del porvenir sombrío que la espera continuando bajo su dictadura y bajo el gobierno de la nefanda oligarquía científica, que sin escrúpulos y a gran prisa están absorbiendo y dilapidando los recursos nacionales, y si permitimos que continúen en el poder, en un plazo muy breve habrán completado su obra: habrán llevado al pueblo a la ignorancia, lo habrán envilecido; le habrán chupado todas sus riquezas y dejándolo en la más absoluta miseria; habrán causado la bancarrota de nuestras finanzas y la deshonra de nuestra patria, que débil, empobrecida y maniatada, se encontrará inerte para defender sus fronteras y sus instituciones”.

Omitiré referencia de encuentros entre el Ejército Federal, y el pueblo armado. Orozco, benemérito de aquellas enardecidas victorias, no merece el honor del reproche, por su conducta de insigne doblez: cambió los laureles frescos de sus sienes retadoras, por la corona de trapo, regalo de científicismo, clericalaje, y más pincharía, para la otra cabeza, la del sobornado,

“condotiere”. Porfirio Díaz, héroe de Oaxaca, reformador de Tuxtepec, enfermóse de un cordal; y achacoso, debilucho, en un minuto magno, siente sobre sus hombros como la sensación física del derrumbe de la montaña de desatinos cometidos. En seguida, llorando, llorando,—pero con llanto distinto al de la lobezna juventud—en el tren nacional, entre terciopelos y flores, y el águila heráldica—que le miraría amenazadora,—húyese a Veracruz.

Huerta, el don Victoriano, aprovecha los instantes para abrazarle; le toca el himno; y dispara, sobre las aguas muertas del puerto, las sonoridades de veinte cañonazos.

—¿Salvas de qué y por qué?...

—Salvas de una hondamente fraguada traición.

Con Díaz, imposible; con Madero, acaso...

¡Las ambiciones entrañas del militar estremeríasele de esperanza!!...

¿Quién de vosotros olvida la “Decena Trágica” mexicana, en que Cuba intervino tan gallardamente?

Nadie. Para cuantos la desconozcan, tengo un consejo: leed “Mi gestión diplomática en México”, de Márquez Sterling, publicada en la revista “Reforma Social” del doctor Ferrara.

Vayan aquí dos transcripciones del primorosamente adolorido alegato, cuasi cancilleresco: el retrato de don Francisco, presea de Zurbarán o el Greco, y la autocrítica del maderismo:

“Madero me hizo sentar en el sofá, y a mi

izquierda, ocupó un sillón. Pequeño de estatura, complexión robusta, ni gordo ni delgado, el presidente rebosaba juventud. Se movía con ligereza, sacudido por los nervios; y los ojos redondos y pardos brillaban con simpático fulgor. Redonda la cara, gruesas las facciones, tupida y negra la barba, cortada en ángulo, sonreía con indulgencia y con dignidad. Reflejaba en el semblante sus pensamientos, que buscaban, de continuo, medios diversos de expresión. Según piensa, habla o calla, camina o se detiene, escucha o interrumpe; agita los brazos, mira con fijeza o mira en vago; y sonríe siempre; invariablemente sonríe. Pero su sonrisa es buena, honda, franca, generosa. Una sonrisa "antípoda" de la sonrisa de Taft. Era como el gesto del régimen que con él se extinguía.

—Un presidente electo por cinco años, derrocado a los quince meses, sólo debe quejarse de sí mismo. La causa es... esta, y así la historia, si es justa, lo dirá: no supo sostenerse...

—Ministro,—añade:—si vuelvo a gobernar a mi patria, me rodearé de hombres resueltos que no sean "medias tintas"... He cometido grandes errores. Pero... ya es tarde"...

Por eso rodaron acribillados a balazos, de venales esbirros, el Apóstol, y Pino Suárez. Quisieron ser eclécticos; ofrecerle un brazo al descrédito cientificista, y otro al reformismo pujante, y una vorágine de sangre arrebató sus ilusos sueños.

Si se me forzara a examinar las gestiones de Madero como gobernante, "conductor de pueblo", consignaría que me parecen, a través de datos, y noticias, y comentarios verbales, sobre inadecuadas, suicidas. Para nadie resulta ya secreto que el ex-Presidente era uno de esos cerebros fascinados por el sentimiento de ultratumba, un espirita en el concepto profano del sustantivo, franco alankarista, sumiso a la influencia de fuerzas ocultas y tutelares en fantástica ronda por lo invisible.

Sentíase él como iluminado, asistido por la gracia de sus mayores para cumplir el destino de la patria esclavizada; con esa fuerza de alucinación, apostólica, capaz de realizar cualquier utopía en instantes de enardecimiento colectivo.

Los grandes trastornos terrenos; el triunfo súbito, supranatural, de las idealidades en el mundo, realizáronse siempre al presentarse un hombre: El Hombre, invocando su gravia divina, asistirle el dón predestinante del determinismo en la ciencia, influencia kabalística en el árabe, protección inmanente de los dioses en cuantas religiones se conozcan.

Nunca los caudillos, los reformadores, fueron otra cosa sino grandes visionarios, figuras discordantes de su época, superiores en el medio, al cual arrastran a lo largo del camino nuevo con el impulso de su voz interior, la voz de los acontecimientos fatales; ahora, a veces, ocurre ser tan brusco el cambio, tan violenta la conmoción operada, que los mismos seguidores del

Redentor se vuelven contra él y le apedrean, le escarnecen, y sacrifican.

Madero adocrinador, Madero revolucionario, Madero Cristo del credo de las libertades mexicanas, fué indiscutible e intachable; fué el único capaz de efectuar el milagro. Si muere con el logro de sus predicaciones; si sabe sucumbir a tiempo, como recomienda Epicteto, su nombre y su historia no cabrían en el continente; pero sobrevivió; quiso hacer realidad tangible lo que constituía delirio de su anhelo; trasmutar, en solo momentos, las seculares prácticas de un régimen oprobioso, por las de una institución perfecta; destruir sistemas caducos, por procedimientos de la hora; darles, en fin, a la esclavitud y a la ignorancia, facultades superiores de gobierno y enseñanza pública; y su fracaso vino, como vino su muerte, por consecuencia lógica de la vida.

Las fuerzas reconstituídas, zorras e inconformes, se armaron de una mayor potencia; consolidáronse más y más ante el enemigo común; hicieron que éste, confiado, les permitiera ingerencia de mando; crecía y se reforzaba el ejército, mientras ya el ciudadano luchador estaba inerme; alzóse y reclamó el bonete, cuando las supersticiones del dogma se sobrepusieron de nuevo a la efervescencia espiritual del supremo idealismo; el dinero que, acoquinado, habíase escondido en las arcas privadas, cajas de seguridad en institutos bancarios, salió al campo de las especulaciones, comprando acción

y pensamiento; la inteligencia, también, sin honor, traicionándose, por cálculo, o por venganza, con la promesa de sumarse a las corrientes progresistas, ocupó los poderes de administración y justicia y gobierno, para infiltrarles el mal reaccionario; todo se rehizo, o mejor, todo se subvirtió; Madero era como el prisionero de sus perdonados enemigos; paloma entre gavilanes; de entre los cuales tres, Reyes, Mondragón y Félix Díaz, se atrevieron a abrir, los primeros, garras y picos voraces, clavándolos en las entrañas de la conquistada libertad!!...

—¿Labor positiva de don Francisco I. Madero?

Ninguna.

—¿Labor de trascendencia nacional para lo porvenir?

Toda.

El constitucionalismo no constituye la fuerza vengadora de un director de Estado que cae, sino la de un símbolo imperecederamente vivo. Y eso lo saben ya Mondragón, el artillero sin metralla; y Félix Díaz, el "modesto corruptor de menores", con expresión de Chocano; y Reyes, acaso, en la eternidad negra de su error; y lo sabe Blanquet, ensombrecido alquilón de su espada, a quien ahora se busca, y no se encuentra, para dar el último golpe; y lo sabe Huerta, el dipsómano brutal, "soldadote estólido", personaje escapado de una tragedia de Shakespeare, que se pasea risueño en su decrepitud de pantera desdentada por el "jardín de

los suplicios", gozándose en escuchar las lamentaciones de un coro esquilano de viudas y huérfanos. Este monstruo—sigue con la palabra el poeta de América—de mirada siniestra y manos temblorosas, ha venido a enriquecer la fauna de las bestias humanas de Zola; ha sido capaz de vivir un capítulo de la novela de Nerón, pero un nuevo capítulo, porque Nerón no acostumbraba a conciliar el sueño sobre los lechos de sus víctimas, y él se ha proporcionado la voluptuosidad de dormir tranquilo en el mismo lecho en que hizo apuñalar una noche al infeliz Madero".

Yo a ese ejemplar antropológico de amoralidad, explosión de todos los instintos — con trazos literales de Enrique Amado—me lo figuró como uno de aquellos cometas apocalípticos que anuncian los astrónomos. Aparecen en el cielo; siembras vértigos de angustia en la humanidad; describen su inmensa parábola, de supuesto rojor—aquí efectivo—; y pasan... desorbitándonos de espanto, hendiendo en nuestro ánimo un recuerdo punzante imborrable.

Sin metáfora—pues ya escuché como las condenaba el muy erudito compañero Chacón, desde la tribuna académica—Huerta desencadenó, con ventajas, sobre México, los males porfiristas; cometió cuantos desmanes inventara su vesanía; hizo del crimen arma justiciera; quiso tener gesto de resonancia homérica, provocando al austero de Mr. Wilson, y resultó funambulésca algazara; bastante, sí, para atraer huellas

extranjeras, en són de castigo, al territorio de la patria, con la inmolación luctuosa de Azueta, y sus otros imberbes camaradas mártires!...

Palaviccini, el culto subsecretario de Instrucción Pública en el Gabinete constitucionalista, valiente condenador, dentro de la Cámara de Diputados, del "sobrino del tío", como distinguían a Félix Díaz, ofreciome esta sarta de crímenes, explotados por el válido de don Victoriano; un doctor Urrutia, émulo en la refinada maldad, de su homónimo en las artes médicas: Juan Pablo Marat!...

Contened un poco la espantable repugnancia, y atendedme:

"Enrique Cepeda, Gobernador del Distrito Federal, se hace conducir una noche al restaurant Sylvain, ordena el servicio de un opíparo banquete, escancia licores, se embriaga de champagne y dispone por orden telefónica que un piquete de dragones se presente a la puerta del restaurant. Con esta escolta se traslada a la Penitenciaría del Distrito Federal, con el objeto de fusilar a todos los reos políticos. El encargado del presidio comprende su responsabilidad y se opone a esta medida; Cepeda sube de nuevo a su automóvil y llega hasta la cárcel de Belén; allí había otros prisioneros políticos. El alcaide de la cárcel, menos consciente o más sumiso que el de la Penitenciaría, entrega al general maderista Gabriel Hernández, joven de 26 años que había hecho su carrera en la revolución de 1910, le forma cuadro, lo fusila,